

EL HIERRO Y LA SEDA

Fidalgo

Afortunadamente no todo ha de ser acongojante. La realidad de cada día, de cada lugar y de cada político es dura como el hierro, fría como el hierro, cortante como el hierro.

Pero luego viene mi amigo Antonio Pereira, reúne versos de la mejor calidad, hace con ellos una gavilla en un libro, me lo dedica y manda, y en la portada leo:

ANTOLOGIA DE LA SEDA Y EL HIERRO

Y como caminante en desierto que busca oasis, me acerco al libro para envolverme en la seda y olvidar el hierro.

Pereira en este libro nos indica cuáles son sus hijos predilectos. Ha entresacado de anteriores obras lo que más le dice, los versos que más profundo le calan, y nos los ofrece para que calen también en nosotros.

Escribo estas notas como acuse de recibo. No he tenido tiempo de conocer toda su prole "hijodalga". Pero un salpicado contacto con sus páginas, me ha devuelto el sosiego que te quitan tanto Sr. Soto, tanto don Lorenzo, y tanto Pinocho que cada día te encuentras en la sopa.

-Hijo, mira de ser creyente

Pero crédulo nunca. Yo creía...

Y no hace falta que les recitemos ese magnífico verso de Pereira sobre aquellas mujeres que:

creía que eran damas...

Y casi al final del libro llega a una conclusión:

No hay nada más cansado que el rostro de un domingo

si son las cinco de la tarde

y llueve.

Me quedo con el libro de Pereira. Ustedes (si son capaces de soportarlo) quédense con ese purgatorio de los Sotos y D. Donados, de Pinochos y faranduleros. Cada cual tiene sus vicios, y hay quien incluso es masoquista.